

El drama de Palestina

María Teresa de Borbón

El drama de Palestina está en el corazón mismo de la problemática árabe, porque hiere en lo más profundo los sentimientos de los pueblos árabes. Es un factor determinante del fangoso «choque de civilizaciones» en trance de producirse, por culpa en gran parte del imperialismo occidental. Para intentar ser lo más objetivo posible, hay que remitirse a su trama histórica, esquemáticamente porque su decurso es enormemente complejo y zigzagueante, y a la situación concreta en la que desemboca.

La trama histórica

Está, en primer lugar, el nacimiento del sionismo, «una tierra para el pueblo judío», una idea lanzada por Teodor Herzl (Basilea, 1897) que venciendo movimientos rivales y de signo distinto (El Bund, Jobotinsky) va a cobrar una extraordinaria vigencia con el drama atroz de la «Shoa» a manos de los nazis. Su pretensión, valiéndose de una interpretación mitificada de la Biblia, la «Tierra prometida», es el asentamiento en Palestina.

Luego «El Gran Juego» que se traen, ya desde la primera guerra mundial, los aliados (Francia y sobre todo Inglaterra), prometiendo al Cherif Hussein de la Meca una

gran Nación Árabe a cambio de su apoyo contra el Imperio Otomano, mientras negocian secretamente el reparto de su territorio (Acuerdos Sykes-Picot). En este reparto Palestina le toca a Inglaterra, que va a apoyar el asentamiento de un hogar judío en Palestina, valiéndose de la frase de moda «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra».

Pero Palestina no era una tierra sin pueblo. En Palestina vivía desde

la resolución 187 de la ONU contemplaba (en 1947) la creación de dos Estados, el palestino y el israelí, sobre la base de un reparto más o menos igualitario del territorio

hacia 2000 años un pueblo con sus tradiciones propias, su cultura, sus religiones (musulmana, cristiana y judía), sus ciudades, su organización social, su actividad económica bajo, esto sí, el imperio otomano.

En 1917, la declaración Balfour viene a oficializar la decisión inglesa: es el inicio de la «cuestión palestina». El flujo de inmigrantes judíos hacia Palestina no cesa desde esa fecha, sobre todo después del genocidio (Shoa) antes referido. Palestinos árabes y judíos

(minoritarios) vivían, hasta este momento, en excelente armonía. Ante el anuncio del «Hogar Judío» empieza a manifestarse el miedo palestino al despojo que, en efecto, va a tener lugar inexorablemente a partir de entonces.

Es increíble que los ingleses y los occidentales en general no se hayan percatado del drama venidero. Otra solución era posible. Herzl mismo había considerado, parece ser, establecer el asentamiento del Hogar Judío en Australia. En todo caso tenía que hacerse limitando el drama, velando por el reparto del territorio (controlado internacionalmente) y la protección de la población autóctona.

Así lo intentó la ONU, en 1947 (29 de noviembre) por la Resolución 181 que contempla (ya) la creación de dos Estados, el Palestino y el Israelí, sobre la base de un reparto más o menos igualitario del territorio (55% para Israel), entonces ya una tercera parte de la población en base a la masiva inmigración. Era, de por sí, un despojo del pueblo palestino pero, al menos, limitado.

La emigración sigue su curso. Entre 1929 y 1939, trescientos mil judíos se instalan en Palestina forzando, por la violencia y el asesinato, organizaciones como Haganah, Irgoun, Stern, Palmah (con

el liderazgo de Menahem Begin y de Itzak Shamir, futuros jefes de gobierno) al pueblo palestino a emigrar masivamente, es un hecho que los «nuevos historiadores» israelíes, como Benny Morris, atestiguan valiéndose de una documentación muy concreta. También los palestinos, por supuesto, practican la violencia contra los emigrantes. Así se inicia la guerra entre ambos pueblos.

Hábilmente, los dirigentes judíos (Ben Gourion) se sirven de una estrategia que, en adelante, seguirán al pie de la letra: «hablemos, hablemos, mientras tanto avanzamos...» y Abbas Eban (ministro de Exteriores) «no hay que correr detrás de la paz, hay que avanzar». Es exactamente lo que va a pasar, a lo largo de estos 50 años hasta llegar a la situación actual, a pesar del amplio despliegue diplomático internacional a favor del mantenimiento del «statu quo» previsto por la Declaración 181.

Al principio, los palestinos, en ausencia de un liderazgo firme (los clanes pelean entre sí), de una burguesía y un proletariado suficientemente organizados, sin apoyo internacional eficaz, no saben qué hacer. Los ingleses siguen practicando el doble lenguaje, prometiendo restringir la inmigración judía (Informe Peel) sin hacerlo y,

cuando lo intenten, sufriendo los embates de la violencia judía. Así el atentado contra el hotel «King David» que sepulta a 70 oficiales ingleses.

1948 es un año terrible para los palestinos (Al Nakda). Por una parte, tiene lugar por Ben Gourion la proclamación del Estado Judío (sin mención del Estado Palestino) y, por otra parte, la renuncia por Inglaterra a su mandato a favor de la ONU. El destino palestino parece clausurado. «La mayoría de ellos serán lo más miserable del género humano y se transformaron en las capas más pobres del mundo árabe» dirá el ministro israelí Moshe Sharett.

Sin embargo va a iniciarse la siniestra cohorte de guerras árabes-israelíes. Al día siguiente de la proclamación del Estado judío, cuatro ejércitos árabes penetran en Palestina. Es un rotundo fracaso. El Estado judío se apodera entonces de gran parte del territorio, mientras la emigración palestina se hace masiva (800.000 personas). Seguirán otras 3 guerras. En el 56, cuando Israel, en unión de Francia e Inglaterra, ataca a Egipto, que ha nacionalizado el canal de Suez. En 1967 tiene lugar la famosa guerra de los «Siete Días». Israel, que ha atacado primero, ocupa Gaza, Cisjordania, Jerusalén, los Altos del

Golán, una extensión cuatro veces mayor que la atribuida inicialmente por Naciones Unidas. Es cuando la ONU reacciona con la Resolución 242, adoptada por unanimidad, que proclama la «inadmisibilidad de la adquisición de territorios por, medio de la guerra» y ordena «la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados».

Esta resolución jamás será aplicada. Los territorios palestinos son, desde entonces, «territorios ocupados», con todo lo que esto supone.

La cuarta guerra, en octubre 1973, la del «Yom Kippur», tras el choque petrolero, desemboca en los acuerdos de «Camp David» entre Egipto e Israel. La ONU replica con la Resolución 338 y la 242; en vano. Es el inicio de un sinfín de declaraciones, recomendaciones (el Consejo de Europa emite nada menos que 350 de ellas), acuerdos que prácticamente no sirven para nada, porque el veto de EE UU, en el Consejo de Seguridad, contra cualquier medida relativa a Israel, impide llevarlos a la práctica (además del ingente ingreso de divisas y suministro de armas a Israel).

Sin embargo la conciencia colectiva palestina va a despertar y sacar fuerzas de su extrema debilidad. La OLP (Organización de Li-

beración de Palestina) es fundada en 1966 y el Fatah será su núcleo operativo dirigido por un joven ingeniero, Yasser Arafat, que es elegido presidente de la OLP en 1969 y se lanza a la lucha de liberación de Palestina. Es el tiempo de las acciones de todo tipo (secuestro de aviones) para recordar al mundo la existencia del Pueblo Palestino.

En el 69, la ONU, reconoce el derecho inalienable del pueblo palestino, cuya única representación reconocida, la OLP, se ve obligada a refugiarse en Líbano, primero y, después del drama de los campos de Sabra y Chatila (800 muertos palestinos), en Túnez. Yasser Arafat ha optado por el camino político y la paz.

En 1974 habla desde la tribuna de las Naciones Unidas: «No dejéis que el ramo de olivo caiga de mis manos». No cesará en este camino a pesar de que la anexión de las tierras y de los recursos hidráulicos sean cada vez mayores. A pesar de que el rechazo a su opción sea cada vez acentuada entre los suyos.

En 1980, por la Declaración de Venecia, el Consejo de Europa proclama el derecho a la autodeterminación del pueblo palestino. Aun así se pide a Arafat que demore la proclamación del Estado Palestino.

El drama de Palestina

En 1987 la desesperación del pueblo provoca la primera Intifada, la revuelta de los niños que lanzan piedras contra los tanques israelíes. Los soldados, cumpliendo órdenes superiores, rompen los brazos y las piernas a los niños rebeldes; además disparan: del 87 al 90 habrá 1000 muertos y 70.000 heridos palestinos. Empieza el derribo de las casas palestinas.

En 1988, finalmente, Yasser Arafat procede a la proclamación del Estado Palestino al tiempo que reconoce al Estado Israelí y renuncia a la cláusula de la Constitución Palestina que programaba la destrucción de Israel (reiterará esta renuncia el 29 de marzo ante el Senado francés).

En 1991, tras la primera Guerra del Golfo, la Conferencia de Madrid se ocupa del problema de las colonizaciones judías en Palestina, militarmente defendidas, siempre en aumento. Según Nabil Shaat (ministro de Exteriores de la Autoridad Palestina), «la tierra de Palestina es como un queso de Gruyère: el queso para Israel, los huecos para los palestinos». Los logros de la Conferencia serán enseguida desmentidos: la Knesset aprueba a continuación, 5000 asentamientos nuevos.

En el 93 se reúne en Oslo la conferencia de los hombres de buena

voluntad israelíes y palestinos (Rabo, Beilin, Malunud Abbas); esperanza a su vez frustrada a pesar del «shake hands» entre Rabin y Arafat propiciado por Clinton. Rabin, general victorioso, había comprendido que la única vía plausible y posible era la paz. Lo pagará con su vida. Es asesinado en 1995.

*dos millones de
palestinos tan sólo
controlan el 8% de los
recursos hidráulicos
y el 13% del territorio*

El 28 de septiembre 2000, Sharon, entonces ministro y jefe del Likoud, realiza (a pesar de un desesperado telefonazo de Arafat para pedir que no lo haga) su famoso paseo por la Explanada de las Mezquitas, provocando, al día siguiente, la segunda Intifada, la de los «kamikazes» que hacen estallar bombas por doquier en Israel, a manos de grupos rivales del FATAH, HEZBOLLAH y HAMAS (en su tiempo alentados por el MO-SAD para minar la autoridad de Arafat) a la que Israel contesta con los atentados selectivos, el derribo de casas, los bombardeos, el encarcelamiento de palestinos, en au-

sencia de pruebas, y que esperan años un juicio que nunca viene.

Así, a pesar de la ayuda europea con la construcción de un aeropuerto y de infraestructuras que serán destruidas por Israel. A pesar del envío por su parte de un embajador, el español Miguel Ángel Moratinos, del 96 al 99, cerca de la Alta Autoridad Palestina (casi muere al lado de Árafat cuando fue disparado un misil contra la Muqtada); a pesar de «Oslo II» (Taba) en el 2001, de «Why Plantation», 55% de Cisjordania y 42% de Gaza han pasado a manos israelíes. Dos millones de palestinos tan sólo controlan 8% de sus recursos hidráulicos y 13% de su territorio y su PIB por habitante es el 10% del de los israelíes en el mejor de los casos (B. Kader).

Estamos en presencia de enclaves palestinos discontinuos y cerrados mientras se traba una unidad territorial entre Israel y sus asentamientos. Israel sigue proclamando que quiere Jerusalén entera como capital, que mantiene sus colonias y no quiere hablar del derecho de retorno (al menos formal) de los refugiados, que «Oslo II» y «Why Plantation» sin embargo contemplaban.

Y la situación actual

He estado en Palestina el año pasado, en julio y diciembre. He padecido los «cheks points», hasta entre los pueblos hay barreras para impedir el tránsito de mercancías. He escuchado a los parientes de los presos (4500 entre los cuales 450 mujeres y 280 niños) en huelga de hambre para que se les aplicara la Convención de Ginebra (visita de médicos, visita de los suyos, posibilidad de leer), de la que no disfrutaban. He hablado con las ONGs (muchas de ellas españolas) que trabajan sin descanso para aliviar la miseria (70% de la población) que azota a este pueblo. He visto las colonizaciones desde donde se puede disparar en cualquier momento. He sido invitada por la Universidad Birzeit, su orgullo, porque expresa su voluntad de futuro a pesar de todas las trabas.

He visitado al Presidente Arafat, un hombre con un auténtico calor humano, que intentaba desesperadamente hallar el camino de la paz, camino que intenta recorrer ahora, con gran sentido político, su sucesor, Mahmud Abbas, al que también conocí. Camino que intentan a su vez recorrer colectivos («Mujeres de negro»-«Peace now») y personalidades israelíes: Israel Shahak, Yeshayahu Leibowitz y otros, intelectuales, abogados, militares y hasta rabinos... admira-

bles por su coraje, su generosidad y clarividencia.

Ahora parece que la tregua conlleva una esperanza. Israel se retira de Gaza, pero ya construye asentamientos en torno a Jerusalén. Ariel Sharon advierte que sólo negociará si cesa todo indicio de actividad terrorista o amenaza de ella. La Autoridad Palestina no hace lo suficiente según él, como en tiempo de Arafat. Pero ya han muerto tres adolescentes palestinos tiroteados por el ejército israelí cuando estaban jugando al fútbol. La paz es difícil.

En los asentamientos se han instalado colonos venidos de Rusia, que bajan del avión haciendo el V (señal de la victoria) con ambas manos: «Volvo (coche) Villa (casa)». Es lo que quieren. Están dispuestos a todo para ello. No saben nada de la problemática y de la historia de Palestina.

Sin embargo, sólo la vuelta a las fronteras del 67 (22% del territorio para los palestinos) hará posible la paz. Tanto Israel como Palestina la necesitan para sobrevivir. Israel para ser aceptada en el entorno medio-oriental, vivir libre de miedo, reconquistar la estima del mundo y la suya propia.

Un compromiso, una presión internacional pueden conseguirla. Esta paz, tenemos que ayudarla a caminar con nuestra franqueza, nuestras exigencias y también nuestra fraternidad. Se trata de la paz del mundo. En ello va que nosotros también reconquistemos nuestra dignidad y nuestra propia autoestima. Es una tarea hermosa para la futura Europa y también, si cambia de rumbo, para EE UU. *Inch'Allah*. Dios lo quiera. ■